

LAS PSICOLOGÍAS NO MEDIACIONALES: INTRODUCCIÓN

Non-mediational Psychologies: Introduction

RICARDO PÉREZ-ALMONACID¹

<https://doi.org/10.17533/udea.rp.e350951>

Resumen

El artículo tiene el objetivo de introducir a las aproximaciones no mediacionales en psicología y servir de contexto para comprender el debate al que fueron invitados Josep Roca i Balasch, José Enrique Burgos Triano y Pablo Covarrubias en este número monográfico. Comienza caracterizando lo central de las psicologías mediacionales, para comprender a lo que se oponen las psicologías no mediacionales. Posteriormente, ofrece un mapa genealógico de esta familia de aproximaciones, que a su vez sirve para comprender las redes de influencia teórica entre varios autores y

para ubicar a los autores invitados. Enseguida, presenta los principales argumentos que esgrimen las psicologías no mediacionales, resaltando que no necesariamente todas las modalidades acogen todos los argumentos. Finalmente, se hace una breve reseña biográfica de los invitados y se presenta la estructura del monográfico.

Palabras clave: psicologías no mediacionales, psicologías mediacionales, antirepresentacionalismo, conductismo, cognición corporeizada radical, enactivismo.

Abstract

The article aims to introduce non-mediational approaches in psychology and serve as a context to understand the debate to which Josep Roca i Balasch, José Enrique Burgos Triano and Pablo Covarrubias were invited in this monographic issue. It begins by characterizing what is central to mediational psychologies to understand what non-mediational psychologies are opposed to. Subsequently, it offers a genealogical map of this family of approaches, which serves to understand the network of influences among various authors, including those invited to this issue. Next, it

presents the main arguments put forward by non-mediational psychologies, highlighting that not all authors necessarily accept all arguments. Finally, a brief biographical review of the invited authors and the structure of the monographic issue are presented.

Keywords: Mediational Psychologies, Non-mediational Psychologies, Antirepresentationalism, Behaviorism, Radical Embodied Cognition, Enactivism.

Recibido: 24-06-2022 / Aceptado: 14-07-2022

Para citar este artículo en APA: Pérez-Almonacid, R. (2022). Las psicologías no mediacionales: introducción. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 14(2), 7-34. <https://doi.org/10.17533/udea.rp.e350951>

¹ Doctor en ciencia del comportamiento. Profesor del Departamento de Psicología de la Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia. Correo: ricardo.pereza@udea.edu.co; <https://orcid.org/0000-0001-6154-6478>.



Introducción

Las psicologías no mediacionales son una familia de aproximaciones a los fenómenos de interés psicológico (cf. Pérez-Almonacid, 2018). No es exacto decir que conforman una sola tradición o una escuela; más bien, se identifican ciertos parecidos o coincidencias parciales en algunos supuestos sobre lo que se estudia y cómo hacerlo. En este sentido, podríamos decir que guardan entre sí cierto parecido de familia, en términos de Wittgenstein (1953): una aproximación A comparte con la B algunos supuestos, y B comparte con C otros, etc., conformando un espacio de cercanías y distancias entre sí con límites borrosos, cuya genealogía podría reconstruirse. Esta introducción al presente monográfico tiene el objetivo de presentar esta familia de aproximaciones para contextualizar los artículos que lo conforman.

Los supuestos tácitos o explícitos que comparten en mayor o menor grado la familia de psicologías no mediacionales se identifican cuando se contrasta con las psicologías mediacionales; de ahí su caracterización en negativo. Si tuviéramos que buscar una denominación positiva podría ser el de psicologías directas (cf. Morris, 2003), pero puede ser menos informativa. Voy a caracterizar en lo general, entonces, a las psicologías mediacionales para luego resaltar por contraste lo propio de las no-mediacionales, con más detalle, de tal modo que sirva de contexto e introducción a este número monográfico.

Las psicologías mediacionales

La familia de psicologías mediacionales se caracteriza por la postulación de procesos intra-organísmicos cuya descripción no se agota en términos biológicos y que se considera que median la relación entre el ambiente y la acción de los individuos. Para explicar satisfactoriamente esta acción, entonces, se requiere apelar a tales procesos. Por lo menos hay dos claramente distintos²: unos, de naturaleza representacional, que son a los que principalmente me

² Podría pensarse en un espectro de tipos de procesos mediadores en el continuo entre las psicologías mediacionales y las no mediacionales: procesos de cómputo de representaciones, procesos entre mecanismos indiferentes a su implementación biológica, procesos entre mecanismos derivados del conocimiento biológico, procesos biológicos mediadores entre estímulos y respuestas sin procesos mediadores (lo biológico es constitutivo del comportamiento).

referiré en esta introducción para marcar un mejor contraste y que son prototípicos de esta tradición; y dos, de naturaleza no representacional, que se plantean como entidades cuyas propiedades modelan el funcionamiento de algún fenómeno de interés psicológico, como integradores, analizadores, comparadores, relojes, etc. (e.g. Staddon, 2001). Este segundo tipo requiere hacer distinciones finas para comprender su carácter mediador (prescindibilidad, plausibilidad biológica, correspondencia con propiedades conductuales, verificabilidad independiente, etc.), pero superan las posibilidades de esta introducción, por lo que se excluirán.

Respecto a los procesos del primer tipo, no hay acuerdo sobre lo que es una representación mental (cf. Dietrich, 2007; Dołęga y Schlicht, 2022), pero los rasgos básicos del concepto apuntan a que es un tipo de estructura de conocimiento portadora de contenido sobre algo (i.e., con propiedades semánticas); que lo hace de cierta manera (i.e. propiedades sintácticas), que guía, controla o causa la acción respecto a eso representado, por medio de procesos definidos y restringidos por una arquitectura particular, independientemente de que lo representado esté presente o exista materialmente. Así, las representaciones mentales pueden ser verdaderas/falsas, precisas/imprecisas, apropiadas/inapropiadas, entre otros (cf. Dołęga y Schlicht, 2022; Ramsey, 2007; Rivière, 1991; Rupert, 2018).

Hay miles de libros que ilustran las aproximaciones mediacionales representacionistas en psicología. Basta con elegir uno: el libro de texto de Goldstein (2011) sobre psicología cognitiva. Allí se afirma que esta psicología estudia la mente, a la que define como un sistema que crea representaciones del mundo de tal forma que podamos actuar dentro de él para lograr nuestras metas³ (p. 5). También, afirma que la mente crea y controla las funciones mentales como la percepción, la atención, la memoria, las emociones, el lenguaje, la toma de decisiones, el pensamiento y el razonamiento (p. 5) De este modo, para el autor, el objetivo científico de la psicología es comprender cómo es que tal sistema crea representaciones propias de funciones que permiten alcanzar distintas metas. Goldstein (2011), además, informa que contemporáneamen-

³ Nota del editor: es una cita textual traducida del inglés. Esta y el resto de las citas textuales en otro idioma en este número se tradujeron y se trataron como paráfrasis, según el estilo APA. Se pueden identificar cuando aparezcan páginas en paréntesis precedidas de texto sin comillas.

te la psicología estudia tales procesos mentales infiriéndolos a partir del comportamiento, pero también la relación entre esos procesos y el cerebro (cf. p. 15). Es decir, una cosa es el comportamiento, otra el sistema biológico y otra los procesos mentales.

Algunos argumentos

Esta es una síntesis muy breve de algunos de los argumentos que ofrecen las psicologías mediacionales para respaldar la postulación de los procesos mediadores de diferentes tipos:

- Primero, la explicación del comportamiento por medio de la atribución de estados o procesos de conocimiento ha sido siempre constitutiva e indispensable en la psicología cotidiana. Comprendemos a nivel personal por qué alguien hace algo apelando a sus intenciones, interpretaciones, creencias, sentimientos, etc., y no directamente a los eventos ambientales (Fodor, 1981). Tales atribuciones permiten que las acciones sean razonables y coherentes. Este modelo, entonces, sería el punto de partida natural de cualquier reflexión científica sobre el tema (Pylyshyn, 1999; Rivière, 1991).
- Segundo, todo fenómeno psicológico es intencional, en el sentido de Brentano (1874/1973), es decir que tiene un objeto inmanente al que se refiere: queremos algo, pensamos algo, recordamos algo, etc. Esto, entonces, es un contenido que configura un conocimiento con propiedades semánticas, que es diferente de solo “responder ante algo”. Por esto, una psicología que no apele a tal contenido sería insuficiente e irrelevante porque se limitaría a describir asociaciones entre eventos extensionales (como estímulos y respuestas) desprovistos de contenido y significado (Bever et al., 1968).
- Tercero, y seguido de lo anterior, dispensar de los procesos mediadores y centrarse solo en la relación en sí misma entre individuos y eventos del ambiente, podría implicar que se está estudiando otra cosa distinta que lo que interesa a la psicología. Adams y Aizawa (2010), por ejemplo, *grasso modo* consideran que, para que tal relación cualifique como cognitiva (o psicológica), se necesita que satisfaga dos criterios: uno, que contenga re-

presentaciones mentales no derivadas, es decir, que no dependan de otros estados sino primariamente de la relación entre un estado de cosas y un estado cerebral; y dos, que dependan de ciertos mecanismos que ocurren en el cerebro. Esto los lleva a concluir que no es suficiente, entonces, con caracterizar la relación del individuo con el ambiente, sino que fundamentalmente se requiere caracterizar los procesos intracraneales que cualifican esa relación como psicológica.

- Cuarto, la estimulación que recibe un organismo es tan discreta y limitada que no se compadece con la complejidad del comportamiento resultante. Por esta razón, es inevitable asumir que tienen lugar sofisticados procesos mediadores que organizan la estimulación para producir ese resultado. Por ejemplo, Chomsky (1980) planteó que, para explicar cómo los niños pequeños producen rápidamente oraciones novedosas gramaticalmente complejas a partir de unas cuantas muestras oídas, se requiere asumir que tienen un conocimiento previo de la estructura de las gramáticas y que son capaces de operar con la información que reciben con base en ese conocimiento.
- Quinto, por lo menos una gran parte de aproximaciones mediacionales (con propósito nomotético. Ver Pérez-Almonacid, 2018) defienden la idea de que una explicación causal y científica del comportamiento (ya no ordinaria) necesita postular procesos mediadores a nivel sub-personal, esto es, propios de sistemas del individuo y no de este como un todo. Esta labor implicaría que las propiedades semánticas de las representaciones no tendrían ningún rol en tal explicación sino las propiedades sintácticas, en sí mismas desprovistas de contenido (Dołęga y Schlicht, 2022; Stich, 1996).
- Sexto, la historia de la psicología como disciplina muestra que la explicación más satisfactoria del comportamiento termina apelando a procesos mediadores y que prescindir de ellos resulta en circunloquios insatisfactorios (Fodor, 1981; Yela, 1996). Al contrario, incluirlos resulta muy productivo en la generación de investigaciones; además, permiten una explicación útil del comportamiento (e.g. Staddon, 2001). Por ejemplo, la evidencia obtenida en condicionamiento pavloviano puede integrarse de forma in-

tuitiva y coherente si se plantea desde categorías de conocimiento: expectativas, información, sorpresa, etc., así como ha sido útil en la generación de experimentos y teorías (Rescorla, 2003). Otro ejemplo lo encontramos en Machado et al. (2020), quien plantea que la postulación de relojes internos ha facilitado los estudios sobre regulación temporal.

En tanto familia, hay grandes debates internos y, por ende, se encuentran varios argumentos que tienen sentido solo si ya se ha supuesto la necesidad de tales procesos mediadores. Por ejemplo, se debate si tales procesos se pueden entender mejor con conceptos molares aunque inespecíficos, como la conciencia, los planes, esquemas, propósitos; o con conceptos especificables formalmente, pero más moleculares, como los procesos algorítmicos computacionales, o de otro tipo. También, sobre la forma en que están organizados como, por ejemplo, si son modulares, jerárquicos, distribuidos en serie o en paralelo, etc. (Rivière, 1991).

Es también común el supuesto, aunque no sea un rasgo necesario de estas familias, que para especificar la estructura de conocimiento mediadora y sus procesos es útil, y hasta necesario, recurrir a disciplinas formales como la lógica, la matemática, la lingüística, la computación, entre otros. Así, la comprensión cabal de los procesos supera a la psicología (quien solo se encargaría de estudiar cómo opera el proceso hasta terminar en la acción) y requeriría una inter/multidisciplina a la que denominan ciencia cognitiva (Pylyshyn, 1999).

Más allá de las distinciones internas en esa familia de aproximaciones, la discusión sobre la necesidad de plantear tales procesos mediadores es más fundamental categorialmente y, por ende, marca un punto de quiebre filosófico en psicología. Sin duda, es un criterio que define dos grandes aproximaciones en la disciplina y que cubre a varias escuelas, teorías, enfoques, etc., y quizás por eso sea uno de los más importantes (ver Pérez-Almonacid, 2018).

Las psicologías no mediacionales

Las psicologías no mediacionales se caracterizan por considerar que la relación entre los eventos ambientales y las acciones individuales es en sí misma lo

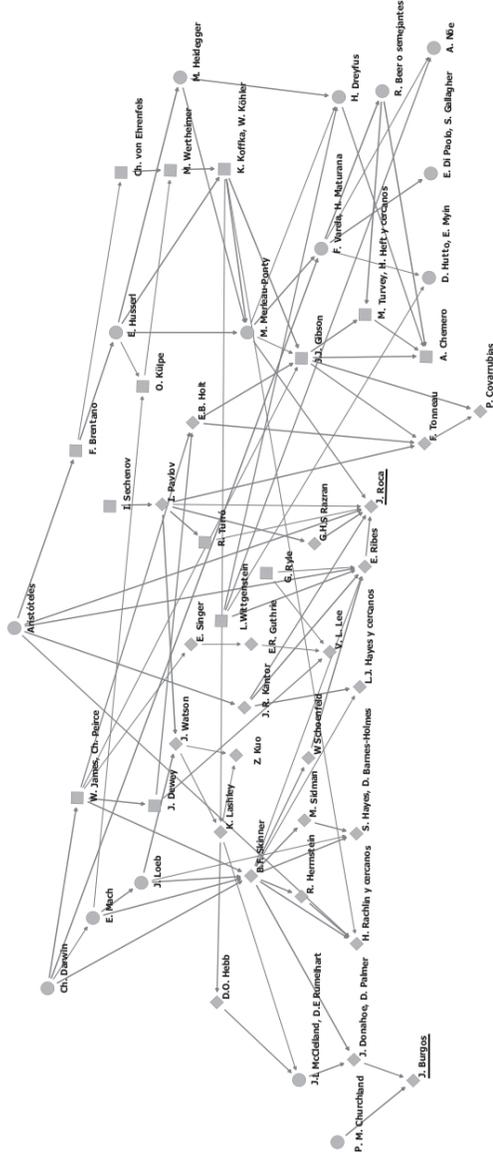
que interesa entender, sin postular procesos mediadores intra-organísmicos. Es importante, no obstante, aclarar que estos procesos excluyen dos tipos que, en un sentido, son mediadores, pero no en el que se ilustraba para las psicologías mediacionales. Estos son: (a) los procesos biológicos que median entre un estímulo y una reacción (como por ejemplo, el proceso de transducción y conducción nerviosa desde la recepción de un haz de luz y la activación de las células del área V1); y (b) la llamada actividad mediadora de un individuo en el sentido de Vygotsky (1997), como acción regulada por la introducción de signos a una situación; o como mediación de contingencias en el sentido de Ribes (2018), entendida como articulación conductual de un campo de relaciones, entre otros semejantes. En ninguno de los dos casos el proceso se refiere a entidades cuyo nivel de operación trasciende el nivel de análisis biológico o el de la acción de los individuos respecto al mundo.

La familia de psicologías no mediacionales tiene como ejemplar paradigmático a la psicología conductual skinneriana. Sin embargo, hay un espectro amplio que no se identifica con la tradición conductual y frente a la cual esgrime fuertes argumentos. Hay, por tanto, una amplia variedad de maneras en las que se plantea la relación directa entre las acciones individuales y los eventos ambientales; entre ellas se sostienen fuertes debates.

El libro de texto de Schlinger y Poling (1998) funciona bien como un ejemplo de estas aproximaciones, contrastando explícitamente con las mediacionales. Estos autores afirman: los psicólogos científicos están interesados en todas las variables objetivas de las que el comportamiento es función, pero especialmente en las causas ontogenéticas, tales como el condicionamiento clásico y operante; en cambio, los psicólogos cognoscitivos inventan sustitutos internos tanto para las causas como para los efectos (p. 211). En lugar de tales sustitutos, los autores reconocen que se pueden trazar los procesos biológicos que ocurren cuando el comportamiento es funcional a tales causas ontogenéticas, y añaden que la descripción que resulta será en términos de eventos neurofisiológicos medibles, no de procesamiento de información, y estos eventos complementan, no reemplazan el análisis psicológico científico (p. 214).

La Figura 1 muestra la propuesta de una red de influencias categoriales y conceptuales entre varios autores que, de algún modo, desarrollan una aproximación no mediacional en psicología.

Figura 1
Mapa genealógico de las psicologías no mediacionales



Nota: Un mismo eje horizontal representa una cercanía generacional aproximada. La disposición vertical sugiere una secuencia temporal respecto a las principales obras de cada autor. La dirección de las flechas indica la dirección de la influencia. Los cuadrados y rombos representan psicólogos o autores dedicados al desarrollo de la disciplina; los rombos indican autores usualmente asociados con la “ciencia del comportamiento”, mientras que los cuadrados, autores asociados con la “ciencia cognitiva”. Los círculos representan autores de otras disciplinas (filósofos, biólogos, científicos de la información, entre otros) que han aportado al desarrollo de las ideas de los psicólogos. Los tres autores invitados a este número monográfico están subrayados.

Claramente no están todos los autores ni todas las influencias, y quizás algunos de ellos preferirían no estar incluidos allí, o consideran que alguna influencia no está correctamente establecida. Se incluyeron algunos representativos y que permitieran ilustrar tradiciones contrastantes. Las intrincadas relaciones que llevan desde Aristóteles hasta las ideas del siglo XIX fueron omitidas por completo. Es por todo esto que consiste solo en un ejercicio de interpretación personal que busca ofrecer un mapa genealógico útil para ubicar tradiciones, autores y cercanías. El espacio de esta introducción no permite documentar cada relación, pero es el resultado de la consulta de las obras de cada uno, libros de historia, reseñas biográficas y consultas directas, que bien podrían ampliarse por solicitud.

Para leer el mapa es útil que el lector considere lo siguiente: los autores que están en un mismo eje horizontal, aproximadamente, comparten una misma generación científica. Por ejemplo, Mach, James, Peirce, Brentano y Sechenov, hacen parte de una generación de problemas más o menos comunes, en la que sus publicaciones anticiparon lo que serían las de otros más abajo como Dewey, Pavlov, Külpe y Wertheimer. De este modo, la disposición vertical sugiere, en la gran mayoría de los casos, una relación temporal entre las publicaciones de los autores: por ejemplo, la obra insigne de Koffka precedió a la de Merleau-Ponty; esta, a la de Gibson y esta, a la de Chemero.

A continuación, ofrezco diez observaciones sobre la red que pueden ser útiles para orientar su lectura:

- Primero, es clara la influencia de Aristóteles sobre tradiciones muy distintas: en una, mediada por Franz Brentano y que desemboca en la fenomenología, influye especialmente en lo relativo a la clasificación de los fenómenos psíquicos; en otras, en lo atinente a la ciencia del comportamiento, donde es común que se retome su modelo de causalidad. También es evidente que, en otros autores más directamente influidos por Darwin, Aristóteles no tiene ninguna influencia, quizás por la oposición que algunos defienden, en biología evolutiva, entre el pensamiento esencialista de Aristóteles y el gradualismo de Darwin (e.g. Sober, 1980).
- Segundo, la influencia de Brentano podría confundir a muchos, pues a él se asocia el modelo representacionista definitorio de las psicologías me-

diacionales. Sin embargo, una mirada detenida de su pensamiento podría llevarnos a una conclusión diferente. Baste, por lo pronto, con señalar dos asuntos: (a) el vocablo alemán *Vorstellung*, central en la obra de Brentano (1874/1973), ha sido traducido por conceptos tan diferentes como ‘representación’ (e.g. Smith, 2017), ‘presentación’ (e.g. Valsiner, 2014) e ‘idea’ (Röck, 2017), con implicaciones notoriamente distintas; (b) Brentano ilustra los fenómenos psíquicos con el acto de presentar (*Akt des Vorstellen*) o aparecer, y los ejemplos son: oír un sonido, ver un objeto coloreado, recordar algún evento, etc. Esos actos los contrasta con los fenómenos físicos, que son el objeto visto, el sonido oído, el evento recordado. De ahí que considere que todo fenómeno psíquico, como acto, tiene inmanentemente un objeto, es decir, se dirige a algo, y a esto lo llamó objetividad inmanente o in-existencia intencional de un objeto (ver implica que se ve algo, de lo contrario no habría un ver como acto). En todas las psicologías no mediacionales se reconoce este hecho de un modo u otro: la unidad analítica de interés es una relación en la que lo que hace o le pasa a un individuo está en función de un objeto o evento.

- Tercero, la influencia de Brentano devino en la fenomenología, representada por autores como Husserl, Heidegger y Merleau-Ponty. Mientras que muchos podrían interpretar que tal disciplina que apela a la experiencia en primera persona es ajena a una psicología funcionalista erigida en descripciones en tercera persona, lo cierto es que cada vez más se encuentran vínculos entre la fenomenología y la ciencia del comportamiento (Day, 1969; Pérez-Almonacid, 2021; Pérez-Álvarez y Sass, 2008), y la fenomenología y la ciencia cognitiva (Gallagher, 2017). La principal herencia conceptual se recoge en el carácter estrictamente relacional y molar de la unidad analítica, más allá de que se aborde en primera o tercera persona.
- Cuarto, la red de influencias de la Figura 1 también permite apreciar que la incorporación de las ideas fenomenológicas se hizo básicamente por medio de la triada Koffka-Merleau-Ponty-Gibson. Ellos comparten el interés en el estudio de la percepción a partir de la consideración de que el ambiente tiene una organización que es funcional a las capacidades de

acción de los individuos. Se destaca a Gibson (1979) como un autor estructurante de varias relaciones en el mapa: por una parte, su obra recibió la influencia de E. Holt, quien desarrolló una modalidad de conductismo molar, y de la Gestalt; por otra, Gibson influyó en autores de ascendencias distintas como F. Tonneau y P. Covarrubias (uno de los autores del presente número), quienes tienen una trayectoria más afín a la ciencia del comportamiento, así como a A. Chemero, filósofo de la ciencia cognitiva.

- Quinto, se nota una confluencia de la fenomenología con la biología y el uso de herramientas de sistemas dinámicos no lineales para la comprensión de los fenómenos vitales y psicológicos, por ejemplo, en el trabajo de los chilenos F. Varela y H. Maturana (e.g. Varela et al., 1991). Su trabajo trascendió en lo que hoy en día se denomina *enactivismo* en la ciencia cognitiva (para una revisión ver Ward et al., 2017). En esencia, trabajan con la idea de que la cognición emerge de los patrones sensoriomotores entre el individuo y su ambiente. Se reconocen tres variedades de enactivismo: la de D. Hutto o de Cognición Enactiva Radicalmente, la de A. Nöe o Enactivismo Sensoriomotor, y la de E. DiPaolo o Enactivismo Autopoiético. A pesar de su cercanía genealógica, guardan importantes diferencias entre sí por los énfasis que cada uno ha puesto: por ejemplo, Hutto y Myn (2019) se enfocan en proponer una cognición no dependiente de contenidos como distinta de una que sí podría estarlo; Di Paolo et al. (2017) continúan desarrollando la línea más directa desde Varela y Maturana, interesados en explorar la continuidad de la vida y la mente en términos de sistemas auto-organizados que van estableciendo propiedades significativas del ambiente; y, finalmente, Nöe (2012), quien se centra en el estudio de la percepción y su dependencia de patrones sensoriomotores que suponen una comprensión no conceptual del mundo.

La vertiente enactivista difiere de la desarrollada por Chemero (2009), a la que denomina Corporeizada Radical. Esta se caracteriza por la confluencia del pensamiento de Gibson (1979), H. Dreyfus y la teoría de los sistemas dinámicos no lineales. Varela et al. (1991) dudaron del tratamiento gibsoniano de la relación entre ambiente e individuo y, al final,

se desarrollaron como tradiciones que parten de supuestos muy diferentes (e.g. Read y Szokolszky, 2020), pero que también buscan caminos de integración (Baggs y Chemero, 2021).

Ambas tradiciones, la enactiva y la corporeizada radical, hacen parte de un movimiento más general dentro de la ciencia cognitiva denominada Cognición 4E (ver Menary, 2010). Esta se refiere a que el cuerpo es constitutivo de la mente (mente corporeizada-*embodied*); que los límites de lo mental no se encuentran dentro del cráneo (mente extendida-*extended*); que la mente hace parte de un complejo ambiente natural y social (mente incrustada-*embedded*); y que lo mental se entendería como un tipo de actividad que produce un mundo significativo (mente enactiva-*enactive*). Sin embargo, no todas defienden una concepción radicalmente anti-representacionista; como señalan Corris y Chemero (2022), el representacionismo puede asumir también las primeras tres características (e.g. Clark, 1997), pero la cuarta tiene una implicación ontológica fuerte: la mente *es* un tipo de actividad y no una entidad o proceso distinta a la actividad. Por esta razón, en el mapa genealógico solo se incluyeron las variedades específicamente anti-representacionistas.

- Sexto, en el centro del mapa se ubicaron autores asociados a la ciencia del comportamiento también influidos por Aristóteles por medio de J. R. Kantor, como por ejemplo E. Ribes y J. Roca (otro autor de este número). En esta tradición se busca el desarrollo de modelos de campo, una mirada también holística o molar al comportamiento, un atributo compartido con las tradiciones mencionadas en los puntos anteriores y, parcialmente, con algunos funcionalistas de principio de siglo como J. Dewey. Pero, además, y de una forma muy característica, esta tradición kantoriana exhibe una vocación sistematizadora de la disciplina psicológica, por lo que enfatizan los límites propios de lo psicológico y proponen taxonomías. En contraste, este interés en definir lo propiamente psicológico no es común en ciencia cognitiva, pues en ella la definición de lo que hay que estudiar corresponde a temas definidos en el lenguaje ordinario, como la percepción, el aprendizaje, la memoria, etc. Hay un acuerdo en que la compren-

sión cabal de estos temas exige tener en cuenta aspectos tanto biológicos y culturales, como conductuales, por lo que los límites disciplinarios resultan menos urgentes. En cambio, para un proyecto explícito de ciencia del comportamiento psicológico, delimitar sus contornos es prioritario y, en general, tales contornos se han definido con relación a las funciones adquiridas en la ontogenia (cf. Pérez-Almonacid, 2018).

De Roca (2006) se resalta que hace confluir tradiciones tan distintas como la de Kantor, la de Merleau-Ponty, la de Pavlov y otros rusos, en un esquema coherente. De Ribes (2018) es propio: el análisis de la lógica ordinaria de los términos mentales, apoyado en autores como G. Ryle y L. Wittgenstein; el desarrollo de una concepción sofisticada del comportamiento humano, especialmente basada en el segundo autor y soportada con líneas de investigación diversas y muy productivas; así como la influencia de W. Schoenfeld, un científico del comportamiento inicialmente skinneriano, que impulsó una concepción continua del comportamiento a la que Ribes ha madurado incorporando elementos de los sistemas dinámicos no lineales. Wittgenstein (1953) es un autor influyente no solo en Ribes, sino en otros de la tradición enactiva interesados en las propiedades de la cognición humana, como Hutto y Myin (2019) y Nöe (2012).

- Séptimo, a la izquierda de la red se ubicaron los autores claramente asociados con la ciencia del comportamiento representada por B. F. Skinner, interesada en el aprendizaje e influida por científicos de otras disciplinas, especialmente de la fisiología como I. Pavlov y J. Loeb, pero también de la física como E. Mach. De Mach llama la atención que influyó en Skinner especialmente por su concepción de las relaciones funcionales, el propósito científico de la predicción y el control expresados en su obra *La ciencia de la mecánica*; así como también incidió en el trabajo de O. Külpe, pero por otra obra: el *Análisis de las Sensaciones*, que influiría la escuela de la Gestalt. De regreso, de la Gestalt hacia la ciencia del comportamiento, también se observa una influencia, aunque modesta, de W. Köhler sobre K. Lashley, quien sería un neurocientífico alumno de J. Watson, que influyó — junto con D. O. Hebb y otros— en el desarrollo de la aproxi-

mación de procesamiento distribuido en paralelo de J. L. McClelland y D.E. Rumelhart (e.g. Rumerlhart et al., 1986). Llama la atención que esta aproximación fue una respuesta al clásico modelo computacionalista tipo Turing, y que se apoyó fuertemente en los sistemas dinámicos. Donahoe y Palmer (1994), científicos del comportamiento skinnerianos, adoptaron estas herramientas de simulación conexionista y propusieron una aproximación bioconductual al aprendizaje. J. Burgos (otro autor de este número) se formó en esta tradición y ha seguido desarrollando su propio modelo de interpretación conexionista del aprendizaje por condicionamiento.

- Octavo, la tradición skinneriana ha sido prolífica en el estudio del condicionamiento operante como paradigma para cualquier fenómeno psicológico. Esto no lo comparte ninguna otra aproximación no mediacional. Es característico de esta tradición la búsqueda de unos pocos principios sintetizadores de relaciones funcionales entre eventos discretos de la actividad individual y ambiental que expliquen la mayor variedad de fenómenos del comportamiento. Por esto, suelen ser escépticos de segmentar el campo de acuerdo con tipologías de especie, de complejidad o cualquier otra que no provenga de los principios obtenidos en el laboratorio. En el mapa se recogen tres variedades suficientemente distintas entre sí, como: la ya mencionada bioconductual de Donahoe y cols.; el conductismo teleológico de H. Rachlin, influido por el pensamiento aristotélico y que evolucionó a partir de los trabajos en conducta de elección y la Ley de Igualación de Herrnstein; y el contextualismo funcional de S. Hayes y D. Barnes-Holmes, que actualmente es la aproximación post-skinneriana más productiva en el análisis del lenguaje y la cognición, entendidos como clases de respuesta relacionales contextualizadas.

En la red no se incluyeron algunos autores cuya obra ha sido crítica para el desarrollo de la ciencia del comportamiento, como J. Staddon y W. Timberlake. En particular, las teorías del desequilibrio y de los sistemas de conducta de Timberlake han sido tremendamente estimulantes, teórica y metodológicamente (cf. Killeen, 2019). No obstante, su exclusión solo responde al propósito de lograr el máximo contraste entre las tradiciones mediacional y no

mediacional, pues estos autores respaldan la estipulación de entidades y procesos mediadores del segundo tipo introducido al principio, como “comparadores” que determinan la respuesta final; “analizadores” de instigación, filtrado, procesamiento, almacenamiento y recuperación de estímulos, entre otros (cf. Timberlake, 1993); o integradores excitatorios e inhibitorios, relojes internos, etc. (Staddon, 2001). Este tipo de procesos requiere un análisis juicioso sobre el balance entre el riesgo de perpetuar los problemas de la tradición representacionista, por un lado, y su utilidad heurística, por el otro (ver una discusión reciente en *Perspectives on Behavior Science*, volumen 43, números 1 y 4).

- Noveno, aparecen algunos autores que no circulan tan visiblemente como otros en la literatura, pero cuya inclusión añade valor. Por ejemplo, Edgar Singer, quien fuera maestro de E. Guthrie y que anticipó algunas ideas sobre la mente cercanas a las de G. Ryle. Guthrie, a su vez, influyó en la concepción de V. Lee sobre su propuesta del objeto de estudio psicológico como un logro (*achievement*) y no como un proceso. También, R. Turró, quien desarrolló una obra filosófica y psicológica influida por el trabajo de Pavlov, y que luego incidiría en el pensamiento de J. Roca, autor invitado de este número.
- Finalmente, décimo, la disparidad de tradiciones no mediacionales cuestiona por las posibilidades de acercamiento. Hay algunas aproximaciones recientes entre enactivistas y la psicología ecológica (Baggs y Chemero, 2021), entre esta y la ciencia del comportamiento (Covarrubias et al., 2017, autor de este número; Morris, 2009), y entre esta y el movimiento general de cognición corporeizada (Alksnis y Reynolds, 2019). Morris (2003) también ha sido un estudioso de las cercanías entre las aproximaciones que ha denominado “programas de acción directa”. Por otro lado, el hecho de que autores tan distintos y distantes como los enactivistas, interconductistas, psicólogos ecológicos y los bioconductistas, recurran a los sistemas dinámicos no lineales como herramienta para sus estudios, puede sugerir una vía de diálogo por ese medio.

Algunos argumentos

Las diferentes aproximaciones no mediacionales han ofrecido argumentos distintos para rechazar la inclusión de procesos mediadores. Cada tipo de argumento es afín con los énfasis que cada aproximación sostiene y no necesariamente una conoce y menos acepta los argumentos de otra. Con esta salvedad, a continuación, enumeraré con más detalle algunos de los argumentos que han ofrecido las aproximaciones no mediacionales:

- Primero, la existencia de los procesos mediadores no es una hipótesis de trabajo, sino que se considera un hecho, lo cual lo hace impermeable al escrutinio científico. Por ejemplo, Dietrich (2007) plantea que probablemente el *hecho* científico más importante sobre la mente es que es una representadora (p. 2, énfasis añadido). Aceptarlos como un hecho científico resulta más en una petición de principio que en un axioma. Como plantea Chemero (2009), el panorama se complica cuando se condena que una ciencia va a fracasar si no los asume como punto de partida.
- Segundo, Kantor (1959) llama la atención de que tales supuestos sobre los procesos mediadores provienen de tradiciones culturales milenarias y no del estudio científico de los procesos psicológicos. Particularmente Ribes (2018), de la mano de filósofos del lenguaje como Wittgenstein (1953) y Ryle (1949), argumenta que la principal implicación de que los conceptos mentales y su carácter mediador tengan su origen en tradiciones culturales, es que la lógica de su uso pertenece al lenguaje ordinario y no al lenguaje científico. Es decir, no son términos técnicos con una función descriptiva, sino términos con una función comunicativa convenida implícitamente entre personas que buscan entenderse. Tratarlos como si fueran términos descriptivos de clases naturales e importar su clasificación como si fuera obvia o incuestionable (i.e., aprendizaje, memoria, pensamiento, etc.), lleva a confusiones categoriales y callejones sin salida de una gran variedad. Por ejemplo, asumir que son un “algo” por el solo hecho de que nos referimos a ellos en el lenguaje ordinario haciendo de su naturaleza un problema científico (cf. Pérez-Almonacid, 2019); perseguir in-

fructuosamente su definición estricta, al tiempo que nos acostumbramos a escuchar que “aún no hay acuerdo”; y reconocer que los límites con otros conceptos no son claros (por ejemplo: Klein, 2015); entre otros.

- Tercero, en consecuencia, las preguntas que se plantean y las respuestas que se buscan al tratar esos conceptos como si fueran técnicos sugieren, en muchos casos, que se trata de pseudoproblemas, es decir, problemas que lo son solo en apariencia, pues no hay forma de resolverlos adecuadamente ya que no hay claridad sobre lo que se pregunta. Es común encontrar en la tradición mediacional reflexiones del tipo: aún no se sabe qué son los procesos mediadores, si realmente existen y menos cómo funcionan. Por ejemplo, Dietrich (2007) afirma: Ciertamente, en su mayoría, los científicos cognitivos no saben cómo las mentes representan (ni tampoco cómo lo hacen los cerebros) (p. 3). Piantadosi también lo ilustra cuando afirma (2021): en el corazón de la ciencia cognitiva hay una verdad vergonzosa: no sabemos cómo son las representaciones mentales (Introducción, primera línea). Esta indeterminación hace que las discusiones sean confusas y estériles. Por su parte, de Sousa y Gabriel (2015) concluyen, después de una reseña sobre 50 años de estudio del ‘léxico mental’, la supuesta estructura que representa el vocabulario de un idioma: el léxico mental parece ser más un aparato teórico creado para explicar el procesamiento lingüístico, que una estructura real (p. 355).

Pareciera como si tales supuestos procesos mediadores tuvieran el estatus de una metáfora del comportamiento, pero que dejó de tratarse como tal y comenzó a asumirse como si fuera un proceso empírico. La consecuencia de esto la señaló Turbayne (1970): mientras que una metáfora obviamente no añade nada al proceso real, la creencia de que no es metáfora, sino que es el caso, implica añadir características que son resultado de la especulación o la invención y no del descubrimiento (p. 4).

- Cuarto, la única evidencia disponible sobre los supuestos procesos mediadores es el comportamiento y los procesos biológicos (Schlinger, 2004). Por ejemplo, Perner y Leahy (2015) postulan la existencia de archivos mentales que rastrean información sobre algo y la almacenan. Según los

autores, para identificar que un mismo objeto es, por decir, al mismo tiempo un oso y un animal, deben crearse diferentes archivos mentales, anclarse al mismo objeto y hacer una representación de tal anclaje. Conductualmente podemos decir que identificar al mismo tiempo al objeto como animal y como oso es interactuar con él de acuerdo con esas dos propiedades; sin embargo, Perner y Leahy (2015) postulan que, *además* de esa interacción, están ocurriendo una serie de procesos: creación de archivos, anclaje, representación del anclaje, entre otros, que según los autores son distintos al comportamiento ante el oso. El problema es que no hay forma de identificar si tales supuestos procesos están ocurriendo sino observando la interacción con el oso, es decir, son redundantes: se infiere que se crearon y anclaron los archivos solo si el individuo se comportó de cierta manera. Pero, además, postular tales procesos trae un problema adicional: no solo tenemos que entender cómo se identifican objetos, sino que ahora tenemos que especificar cuál es la naturaleza de los archivos mentales, cómo se anclan, cómo se crean sus representaciones y cómo todo esto causa el comportamiento.

- Quinto, la postulación de procesos mediadores incluye el supuesto de que tienen eficacia causal sobre el comportamiento. No son descripciones sintetizadoras del fenómeno sino auténticas construcciones teóricas reificadas con funciones explicativas causales. Constituyen propiedades inherentes y esenciales a los organismos, a los que se les atribuyen poderes causales (Palmer y Donahoe, 1992). Los archivos mentales de Perner y Leahy (2015), por ejemplo, se proponen como explicación de la identificación de objetos, no son una forma de hablar de esta. Sin embargo, la inespecificación empírica de tales supuestos procesos mediadores lleva a que tal explicación causal sea ilusoria. La relación entre tales supuestos procesos y el comportamiento, es conceptual y no empírica por las razones expuestas en el punto anterior. Ter Hark (1990) lo plantea diciendo que su relación es interna (los unos no existen conceptualmente sin el otro, conceptualmente) y no externa (independencia empírica), y la causalidad científica necesita una relación externa (von Wright, 1971/1979). Skinner (1963) se refirió a esto al criticar la atribución de causalidad a constructos tautológicos.

- Sexto, las explicaciones causales que se ofrecen a partir de tales supuestos procesos mediadores son, además, menos parsimoniosas, pues, como señalan Palmer y Donahoe (1992), proliferan para acomodarse a los datos obtenidos. Ante una evidencia dada, y siguiendo el ejemplo, los archivos mentales ahora podrían subdividirse en varios tipos con características postuladas que permitirían explicar los datos. Sin embargo, ese proceso creativo termina construyendo un mundo hipotético cada vez más complejo y apartado del comportamiento que se quiere explicar.
- Séptimo, lo anterior sugiere que tales supuestos procesos mediadores son prescindibles, que no se necesitan para llevar a cabo proyectos científicos satisfactorios. Los autores de la cognición corporeizada radical han argumentado también que los conceptos representacionistas son prescindibles porque no añaden mucho a nuestra comprensión de los fenómenos (Chemero, 2009; van Gelder, 1995) o porque reconocen que no son estrictamente necesarios (Ramsey, 2017).
- Octavo, los teóricos de la cognición corporeizada han resaltado el hecho de que se gana mucha comprensión de los fenómenos cognitivos si se atiende primariamente a lo que la gente hace (movimientos, posturas, miradas, manipulaciones, gestos), antes de suponer que están implicados en complejos procesos intelectuales (cf. Corris y Chemero, 2022; Nöe, 2012). Lo mismo apuntan Leudar y Costall (2009) al analizar la tradición de la así llamada “Teoría de la mente”, que supone que niños menores de 5 años están llevando a cabo complejos procesos de inferencia teórica para entender que otra persona va a buscar un objeto donde lo dejó. Estas críticas van en la misma línea de la crítica de Ryle (1949) a la tradición intelectualista, según la cual nuestro comportamiento siempre es resultado de procesos intelectuales. Frente a eso, los científicos del comportamiento usualmente han adoptado la alternativa de agotar la explicación a partir de procesos simples tipo condicionamiento y de descubrir cómo la complejidad emerge de ellos sin asumir que los procesos complejos preexisten y que explican los más simples (cf. Palmer y Donahoe, 1992; Skinner, 1963). Autores enactivistas como Hutto y Myin (2019), y Nöe (2012)

también respaldan una idea semejante, aunque difieren en lo que consideran un proceso simple y uno complejo.

- Noveno, si se asume que el ambiente ofrece estimulación discreta y limitada, no hay forma de evitar la postulación de procesos mediadores que produzcan resultados complejos. No obstante, es plausible considerar que el ambiente ya está organizado de acuerdo con relaciones regulares físicas, ecológicas y sociales; por tanto, no habría necesidad de postular tales procesos, sino que la tarea sería precisar cómo el comportamiento se ajusta a tal organización (cf. Gibson, 1979; Chemero, 2009). De hecho, tal ajuste podría ser pensado en términos de la emergencia de una unidad estrictamente relacional que no distinga entre organismo y ambiente (Roca, 2001; Varela et al., 1991). Hacerlo así evita tener que pensar en la necesidad de construir un modelo del ambiente como una entidad externa y que solo podríamos conocer por inferencias.
- Décimo, Hutto y Myn (2019), enactivistas radicales, plantean que considerar que la marca de lo mental es tener un contenido es confundir la *intensionalidad* (con s) con la *intencionalidad* (con c). La primera es una propiedad semántica que permite hacer predicados de verdad, precisión, pertinencia, etc., mientras que la segunda, a la que se refirió Brentano (1874/1973), es una propiedad relacional que define a dónde tiende una acción. Toda acción tiene una intención o dirección, pero no necesariamente una intensión o contenido. Asumir lo segundo se enfrentaría al problema de la indeterminación: ¿una rana está percibiendo una mosca o un punto negro móvil o comida? Todas las descripciones son posibles y no hay forma de determinar el supuesto contenido semántico de la representación mental de la rana. Los autores, entonces, proponen que el grueso de la cognición no funciona con base en contenidos y, por tanto, no es representacional. Cuando se organiza con base en contenidos, corresponde con formas únicas de la cognición humana que requiere símbolos y normas de uso públicas acordadas en prácticas sociales.

Este número

Este número de la *Revista de Psicología* de la Universidad de Antioquia es un monográfico sobre las psicologías no mediacionales. La decisión fue invitar a autores que representaran puntos de vista contrastantes y que el formato fuera de debate, para mostrar los matices y tensiones. Este tipo de formato editorial no es común, pero sí es altamente productivo porque dinamiza los campos y hace gala de la razón de ser de la academia: el debate argumentado. De este modo, invitamos a Josep Roca i Balasch, José Enrique Burgos Triano y Pablo Covarrubias, académicos hispanohablantes, con una producción intelectual permanente y reputados en la comunidad de referencia.

Josep Roca i Balasch es licenciado en filosofía con especialidad en psicología de la Universidad de Barcelona (1973), diplomado en psicología clínica (1976) y doctor en filosofía y letras de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB, 1982). Es autor de una propuesta sistematizadora de la psicología que ha denominado “naturalista”, sobre la que ha publicado varios libros, capítulos y artículos. Una gran parte de su experiencia profesional la obtuvo en la psicología del deporte, área que le permitió especializarse en el ámbito de la percepción, en el Instituto Nacional de Educación Física de Barcelona, donde también fue director. Esta actividad la combinó como docente de posgrado en el mismo instituto, en la UAB, la Universidad de Sevilla, la Universidad Central de Venezuela y la Universidad Autónoma de Madrid, así como en otras instituciones a nivel de pregrado. Ahora está jubilado. Desde 1999 fundó el Liceo Psicológico, un portal web donde concentra buena parte de sus escritos recientes; de forma paralela, sigue colaborando activamente en el desarrollo de comunidades de ciencia del comportamiento, especialmente en España, México y Colombia. Como se aprecia en la Figura 1, Roca ha recibido una influencia de autores tan diversos como Aristóteles, Kantor, Ribes, Turró, Pavlov y Merleau-Ponty, logrando articular una propuesta taxonómica para la psicología.

José Enrique Burgos Triano es licenciado en psicología de la Universidad Católica Andrés Bello de Venezuela (1983), maestro en Análisis Experimental de la Conducta de la Universidad Central de Venezuela (1989) y doctor en neurociencia y conducta de la Universidad de Massachusetts (1996). Actual-

mente, es investigador del Centro de Estudios e Investigaciones en Comportamiento (CEIC) de la Universidad de Guadalajara. Fue editor en jefe de la *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta* y de *Behavior and Philosophy*. Cuenta con docenas de publicaciones en revistas especializadas y capítulos de libros, especialmente con tópicos sobre filosofía de la mente, filosofía de la ciencia y modelamiento de redes neurales del condicionamiento. Las influencias teóricas que ha recibido son variadas: en un principio, fueron Skinner y Donahoe pero no actualmente; también lo fueron McClelland y Rumelhart por sus ideas sobre conexionismo moderno, aunque no respalda sus modelos. Hoy en día persigue el trabajo de autores como Paul Churchland en filosofía de la mente, Elliott Sober en filosofía de la biología, David Lewis en metafísica, y Larry Laudan en filosofía de la ciencia. Sigue trabajando en el desarrollo de su propio modelo conexionista del condicionamiento y con análisis filosóficos de problemas pertinentes al estudio del comportamiento.

Finalmente, Pablo Covarrubias es licenciado en psicología de la Universidad de Guadalajara. En el CEIC de la misma universidad obtuvo una maestría en ciencia del comportamiento, opción Análisis de la Conducta, y el doctorado con opción en neurociencias. Es miembro fundador del Centro de Investigación en Conducta y Cognición Comparada (CICCC) en la misma casa de estudios, junto con Felipe Cabrera y Ángel Jiménez. Es docente de pregrado y posgrado en programas de psicología. Es autor de varios artículos empíricos y conceptuales, así como miembro del comité editorial de revistas nacionales e internacionales en el área. Su trabajo se ha desarrollado bajo la influencia teórica de James J. Gibson y su enfoque ecológico de la percepción, así como del neorealismo de Francois Tonneau, inspirado en E. Holt. Sus intereses recaen en el estudio de la percepción y el aprendizaje. En particular, sobresale por la aproximación al condicionamiento como detección de invariantes y probabilidades ambientales, en un intento de ampliar el rango de aplicación de la teoría ecológica a fenómenos que inicialmente no cubría.

A los tres autores se les enviaron unas preguntas orientadoras para que respondieran en formato libre. Las preguntas elegidas tenían un objetivo investigador, de modo que los autores pudieran exhibir su pensamiento en tópicos diversos y fundamentales para caracterizar sus propuestas. Así, el lector podría

formarse una idea más clara de los puntos de coincidencia y de desacuerdo. Las preguntas fueron:

1. ¿Hay eventos o un nivel de análisis que le corresponda propiamente a la psicología como distinta de la biología o las ciencias sociales? En caso afirmativo, ¿cuál o cuáles serían y por qué?
2. ¿En qué se distingue su postura respecto de otras para el desarrollo de una disciplina científica?, ¿cómo se relaciona con el conductismo, particularmente skinneriano, y con el cognoscitivismo, particularmente el basado en representaciones mentales?
3. ¿Cómo entiende la explicación científica y el lugar de las teorías y las leyes en su concepción de la disciplina?
4. ¿Cuáles son las implicaciones metodológicas de su propuesta?
5. ¿Reconoce la necesidad o utilidad de desarrollar conceptos propios para el estudio del comportamiento característicamente humano como la comprensión del sarcasmo, la construcción de teorías, etc.?
6. ¿Cómo considera que podría ser la aplicación del conocimiento básico a la solución de problemas sociales?
7. A manera de ejemplo, ¿cómo abordaría el estudio de los fenómenos asociados con la ‘memoria’?
8. ¿Cuáles serían las áreas en las que su propuesta es más incipiente o que no está claro aún cómo podrían desarrollarse?

Esperamos que este número monográfico sirva para muchos de introducción a los debates entre las psicologías mediacionales, así como que permita a los ya iniciados lograr una comprensión más profunda y sutil de sus meollos.

Referencias

- Adams, F. y Aizawa, K. (2010). *The bounds of cognition*. 2da. Ed. Blackwell.
- Alksnis, N. y Reynolds, J. (2019). Revaluing the behaviorist ghost in enactivism and embodied cognition. *Synthese*, 198, 5785–5807. <https://doi.org/10.1007/s11229-019-02432-1>
- Baggs, E. y Chemero, A. (2021). Radical embodiment in two directions. *Synthese*, 198, 2175–2190. <https://doi.org/10.1007/s11229-018-02020-9>
- Bever, T. G., Fodor, J. A. y Garrett, M. (1968). A formal limitation of associationism. En Dixon, R. y Horton, D. L. (Eds.), *Verbal behavior and general behavior theory*. Prentice-Hall.
- Brentano, F. (1973). *Psychologie vom empirischen Standpunkt*. [La psicología desde el punto de vista empírico]. Meiner. Publicado originalmente en 1874.
- Chemero, A. (2009). *Radical embodied cognitive science*. MIT Press.
- Corris, A. y Chemero, A. (2022). Embodiment and enactivism. En B. D., Young y C. D. Jennings (eds.), *Mind, cognition, and neuroscience: A philosophical introduction*. Routledge.
- Chomsky, N. (1980). *Rules and representations*. Columbia University Press.
- Clark, A. (1997). *Being there*. MIT Press.
- Covarrubias, P., Cabrera, F. y Jiménez, Á. A. (2017). Invariants and information pickup in *The Senses Considered as Perceptual Systems*: Implications for the Experimental Analysis of Behavior. *Ecological Psychology*, 29(3), 231–242. <https://doi.org/10.1080/10407413.2017.1332460>
- Day, W. F. (1969). Radical behaviorism in reconciliation with phenomenology. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 12(2), 315–328. <https://doi.org/10.1901/jeab.1969.12-315>
- De Sousa, L. B. y Gabriel, R. (2015). Does the mental lexicon exist? *Revista de Estudos da Linguagem*, 23(2), 335-361. <http://dx.doi.org/10.17851/2237.2083.23.2.335-361>
- Di Paolo, E. A., Buhrmann, T. y Barandiaran, X. E. (2017). *Sensorimotor life: An enactive proposal*. Oxford University Press.
- Dietrich, (2007). Representation. En P. Thagard (Ed.). *Philosophy of psychology and cognitive science*. (pp. 1- 29). Elsevier.

- Dolega, K. y Schlicht, T. (2022). Mental content. En B. J. Young y C. D. Jennings (eds.), *Mind, cognition and neuroscience: A philosophical introduction* (pp. 199-213). Routledge.
- Donahoe, J.W. y Palmer, D.C. (1994). *Learning and complex behavior*. Allyn and Bacon.
- Fodor, J. (1981). The mind-body problem. *Scientific American*, 244(1), 114-125. <https://doi.org/10.1038/scientificamerican0181-114>
- Gibson, J. J. (1979). *The ecological approach to visual perception*. Houghton Mifflin.
- Goldstein, E. B. (2011). *Cognitive psychology. Connecting mind, research and everyday experience*. 3rd. ed. Wadsworth, Cengage Learning.
- Hutto, D. y Myin, E. (2019). *Evolving enactivism: basic minds meet content*. MIT Press.
- Kantor, J. R. (1959). *Interbehavioral psychology: A sample of scientific system construction*. Principia Press.
- Killeen, P. R. (2019). Timberlake's theories dissolve anomalies. *Behavioural Processes*, 166, 103894, 1-18. <https://doi.org/10.1016/j.beproc.2019.103894>
- Klein, S. B. (2015). What memory is. *Wiley Interdisciplinary Reviews: Cognitive Science*, 6(1), 1-38. <https://doi.org/10.1002/wcs.1333>
- Leudar, I. y Costall, A. (2009). *Against Theory of Mind*. Plagrave Macmillan. <https://doi.org/10.1057/9780230234383>
- Machado, A., Guilhardi, P., Caetano, M.S. y Silva, F. J. (2020). Rules of conduct for Behavior Analysts in the presence of hypothetical constructs: a commentary on Eckard and Lattal (2020). *Perspectives on Behavior Science*, 43(4), 791-802. <https://doi.org/10.1007/s40614-020-00272-w>
- Menary, R. (2010). Introduction to the special issue on 4E cognition. *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 9(4), 459-463. <https://doi.org/10.1007/s11097-010-9187-6>
- Morris, E. K. (2003). Behavior analysis and a modern psychology: Programs of direct action. En K. A. Lattal y P. N. Chase (Eds.), *Behavior theory and philosophy* (pp. 275-298). Kluwer Academic/Plenum Press.
- Morris, E. K. (2009). Behavior analysis and ecological psychology: past, present, and future. a review of Harry Heft's Ecological Psychology in context. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 92(2), 275-304. <https://doi.org/10.1901/jeab.2009.92-275>.

- Noë, A. (2012). *Varieties of presence*. Harvard University Press.
- Palmer, D. C. y Donahoe, J. W. (1992). Essentialism and selectionism in cognitive science and behavior analysis. *The American Psychologist*, 47(11), 1344–1358. <https://doi.org/10.1037//0003-066x.47.11.1344>
- Pérez-Almonacid, R. (2018). Los límites de la integración teórica en *psicología*. En G. Gutiérrez (comp.). *Teorías en psicología. Integración y el futuro de la disciplina* (p.24-67). Manual Moderno.
- Pérez-Almonacid, R. (2019). A non-mediational approach to emotions and feelings. *Frontiers in Psychology*, 10, 181. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2019.00181>
- Pérez-Almonacid, R. (2021). Heidegger and psychological behavior. *Ideas. Revista de Ciencia del Comportamiento*. <https://www.ideasjournal.com/articulo?id=1637344754642>
- Pérez-Álvarez, M. y Sass, L. A. (2008). Phenomenology and behaviorism: A mutual readjustment. *Philosophy, Psychiatry & Psychology*, 15(3), 199–210. <https://doi.org/10.1353/ppp.0.0194>
- Perner, J. y Leahy, B. (2015). Mental files in development: Dual naming, false belief, identity, and intensionality. *Review of Philosophy and Psychology*, 6. <http://dx.doi.org/10.1007/s13164-015-0235-6>
- Piantadosi, S. T. (2021). The computational origin of representation. *Minds and Machines. Journal for Artificial Intelligence, Philosophy and Cognitive Science*, 31(1), 1–58. <https://doi.org/10.1007/s11023-020-09540-9>
- Pylyshyn, Z. (1999). What's in your mind? En Lepore, E. y Pylyshyn, Z. (eds.), *What is cognitive science* (p. 1-25). Wiley-Blackwell.
- Ramsey, W. M. (2007). *Representation revisited*. Cambridge University Press.
- Ramsey, W. 2017. Must cognition be representational? *Synthese*, 194, 4197–4214. <https://doi.org/10.1007/s11229-014-0644-6>
- Read, C. y Szokolszky, A. (2020). Ecological psychology and enactivism: Perceptually-guided action vs. sensation-based enaction. *Frontiers of Psychology*, 14(11), 1270. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2020.01270>
- Rescorla, R. A. (2003). Contemporary study of Pavlovian conditioning. *The Spanish Journal of Psychology*, 6(2), 185–195. <https://doi.org/10.1017/S1138741600005333>
- Ribes, E. (2018). *El estudio científico de la conducta individual. Una introducción a la teoría de la psicología*. Manual Moderno.

- Rivière, A. (1991). Orígenes históricos de la psicología cognitiva: paradigma simbólico y procesamiento de la información. *Anuario de Psicología*, 51, 129-155. <https://doi.org/10.1344/%25x>
- Roca, J. (2006). *Psicología: una introducción teórica*. Documenta Universitaria.
- Röck, T. (2017). Brentano's methodology as a path through the divide: On combining phenomenological descriptions and logical analysis. *Axiomathes*, 27, 475-489. <https://doi.org/10.1007/s10516-017-9349-z>
- Rumelhart, D. E., McClelland, J. L. y PDP Research Group (1986). *Parallel distributed processing: Explorations in the microstructure of cognition, Vol. 1*. MIT Press.
- Rupert, R. D. (2018). Representation and mental representation. *Philosophical Explorations*, 21(2), 204-225. <https://doi.org/10.1080/13869795.2018.1477979>
- Ryle, G. (1949). *The concept of mind*. Hutchinson & Co.
- Schlinger, H. D. (2004). Why psychology hasn't kept its promises. *Journal of Mind and Behavior*, 25(2), 123-144. <https://www.jstor.org/stable/43854026>
- Schlinger, H. D. Jr. y Poling, A. D. (1998). *Introduction to scientific psychology*. Plenum Press. <https://doi.org/10.1007/978-1-4899-1893-2>
- Skinner, B. F. (1963). Behaviorism at fifty. *Science*, 140, 951-958. <https://doi.org/10.1126/science.140.3570.951>
- Smith, G. (2017). Brentano and Freud: intentionality and representational theory in "Zur Auffassung der Aphasien" (1891). *Revista Guaricá de Filosofía*, 33(2), 3-24. <https://doi.org/10.5935/2179-9180.20170010>
- Sober, E. (1980). Evolution, population thinking, and essentialism. *Philosophy of Science*, 47(3), 350-383. <http://www.jstor.org/stable/186950>
- Staddon, J. E. R. (2001). *Adaptive dynamics. The theoretical analysis of behavior*. The MIT Press.
- Stitch, S. (1996). *Deconstructing the mind*. Oxford University Press.
- Ter Hark, M. (1990). *Beyond the inner and the outer. Wittgenstein's philosophy of psychology*. Kluwer Academic. <https://doi.org/10.1007/978-94-009-2089-7>
- Timberlake W. (1993). Behavior systems and reinforcement: An integrative approach. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 60(1), 105-28. <https://doi.org/10.1901/jeab.1993.60-105>
- Turbayne, C. M. (1970). *The myth of metaphor*. University of South Carolina Press.

- Valsiner, J. (2014). Irreversibility of time and ontopotentiality of signs. *Estudios de Psicología*, 23(1), 49-59. <https://doi.org/10.1174/021093902753535187>
- van Gelder, T. (1995). What might cognition be, if not computation? *The Journal of Philosophy*, 92(7), 345–381. <https://doi.org/10.2307/2941061>
- Varela, F., Thompson, E. y Rosch, E. (1991). *The embodied mind*. MIT Press.
- von Wright, G. H. (1979). *Explicación y comprensión*. Alianza. Publicado originalmente en 1971.
- Vygotsky, L. S. (1997). The history of the development of higher mental functions. En R.W. Rieber (ed.), *The collected works of L.S. Vygotsky* (M. J. Hall, Trad.). Plenum Press.
- Ward, D., Silverman, D. y Villalobos, M. (2017). Introduction: The varieties of enactivism. *Topoi*, 36, 365–375. <https://doi.org/10.1007/s11245-017-9484-6>
- Wittgenstein, L. (1953). *Philosophical investigations*. Basil Blackwell.
- Yela, M. (1996). La evolución del conductismo. *Psicothema*, 8, suplemento, 165-186. <https://www.psicothema.com/pdf/657.pdf>